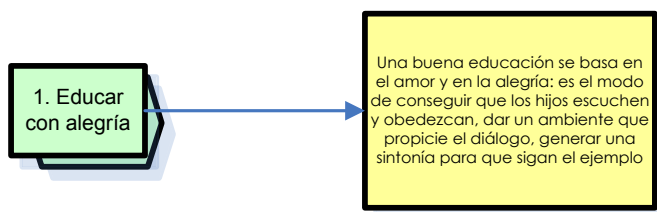


BUEN EJEMPLO Y QUERERSE

“El niño aprende por imitación y se esfuerza cuando recibe afecto, sino hay buen ejemplo no hay aprendizaje”.

Si se quiere una vida buena mediante la educación del carácter es necesario que los padres gradualmente aprendan a vivir de acuerdo a este ideal, para ello el ejemplo debe intentar poco a poco superar la mera apariencia y encarnar los valores en la vida diaria. No se puede vivir una vida con valores y sin amor, el amor y las muestras de cariño son indispensables entre los esposos para mostrar a los hijos un camino de alegría que fomenta el aprendizaje.



La familia es un lugar de encuentro. En ella coinciden de manera natural varios seres humanos, no por casualidad, sino unidos por la paternidad, la filiación o la fraternidad, y a partir de la primera y mutua elección de un hombre y de una mujer, que al casarse fundaron ese hogar que es un ámbito de encuentro.

La familia es el primer espacio educativo donde puede y debe vivirse la experiencia de saberse aceptado incondicionalmente. Esta vivencia se encuentra enraizada en los vínculos que unen a la familia. Ésta es el ámbito natural del amor, la primera escuela de valores humanos y sociales, y el agente que educa a sus miembros y se abre a la gran comunidad humana, compartiendo con ella sus bienes.

La familia es un lugar insustituible para el desarrollo de la afectividad del niño y del adolescente.

Los miembros de una familia normalmente viven en un mismo lugar, comparten el espacio, la comida, el tiempo libre y los instrumentos. La relación es continua e íntima. Debido a la frecuencia de los contactos entre las personas, éstas actúan naturalmente, como son, sin máscaras.

Además, la confianza que tienen al saberse queridos les permite actuar con sinceridad. Así, los comportamientos de cada uno son, en su mayor parte, espontáneos, por lo que se llega a amar a la persona más por lo que es que por lo que hace: los miembros de la familia se sienten aceptados por lo que son. **Esta aceptación es incondicional.**

En la familia, la aceptación de la función específica de cada persona, debe coincidir con la aceptación de la persona en sí misma. La madre, acepta al hijo por serlo, pero a la vez, lo acepta como persona por ser quien es.

Desde el momento en que los padres de familia se centran más en el valor de la función social de sus hijos, menos sentido tiene la familia. De hecho, hay muchas familias en las que existe una aceptación condicionada de los hijos; concretamente, condicionada a las calificaciones que obtienen en la escuela, al cumplimiento de unas normas de conducta o a la actuación sumisa frente a las exigencias paternas.

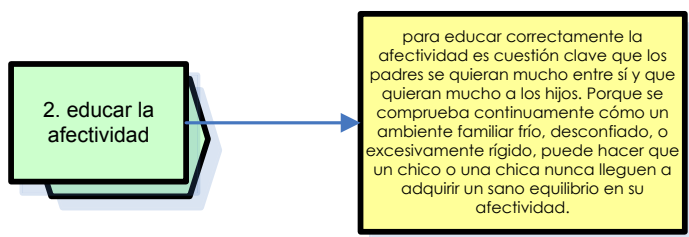
Sin embargo, la familia sirve como base de unas relaciones donde no cabe más que la aceptación incondicional, porque estas relaciones no están controladas por las personas: nadie elige a sus hijos ni los hijos eligen a sus padres o a sus hermanos. Las características de los distintos miembros de la familia no se pueden planificar.

En cambio, en la convivencia social y en el trabajo predomina la tendencia a clasificar a las personas por su profesión, su origen, su estado civil y por la forma como desempeñan su trabajo.

Tomemos como ejemplo a un deportista: mientras éste le sea útil al equipo de fútbol es parte de la familia de su club, pero si queda inválido por algún accidente, entonces deja de pertenecer a ese equipo.

En la familia no hay jubilación ni despido aunque los miembros se separen, porque el papá seguirá siendo el padre, la mamá la madre, y los hijos hermanos entre sí, aunque de hecho algunos intentan jubilarse respecto de sus responsabilidades, produciendo los fuertes desequilibrios que todos conocemos.

Por todo lo anterior es de suma importancia que al educar a los hijos prevalezca ese encuentro, ese amor entre los padres y hacia los hijos, pues el amor familiar sembrará las condiciones para la alegría familiar y, en un ambiente tal, la obediencia y el diálogo surgen de una manera más cordial y sencilla. Cuando no existen estos lazos de amor en la familia, la educación resulta una odisea desagradable y difícil de llevar a cabo, y es entonces cuando todos quieren jubilarse de ella.



Formar a nuestros hijos en la afectividad es ayudarlos a desarrollar su capacidad de amar. El amor se transmite principalmente en la familia.

LA FAMILIA

“La familia es una íntima comunidad de vida y amor” cuya misión es “custodiar, revelar y comunicar el amor” con cuatro cometidos generales” (Familiaris Consortio)

*Formación de una comunidad de personas

*Servicio a la vida

*Participación en el desarrollo de la sociedad

*Participación en la vida y misión de la iglesia

La capacidad de amar es resultado del desarrollo afectivo del ser humano durante los primeros años de su vida. El desarrollo afectivo es un proceso continuo y secuencial, desde la infancia hasta la edad adulta.

La madurez afectiva es un largo proceso por el que el ser humano se prepara para la comunicación íntima y personal con sus semejantes como un Yo único e irrepetible; y que debe desencadenarse al primer contacto del niño con el adulto perpetuándose a lo largo de su existencia.

Actualmente, la educación de los sentimientos es una tarea un tanto descuidada. La confusa impresión de que los sentimientos son una realidad oscura y misteriosa, poco racional, casi ajena a nuestro control, ha provocado en muchas personas un considerable desinterés por profundizar en su educación. Sin embargo, los sentimientos son

influenciables, corregibles, estimulables. Pueden modelarse bastante más de lo que a primera vista parece.

Para educar correctamente la afectividad es cuestión clave que los padres se quieran mucho entre sí y que quieran mucho a los hijos. Se comprueba continuamente cómo un ambiente familiar frío, desconfiado, o excesivamente rígido, puede hacer que un chico o una chica nunca lleguen a adquirir un sano equilibrio en su afectividad.

Es cierto que la mayoría de los sentimientos no se pueden producir directa y libremente. No podemos generar sentimientos de alegría o de tristeza con la misma facilidad con que hacemos otros actos de voluntad (como gobernamos, por ejemplo, los movimientos de los brazos). Pero sí podemos influir en nuestra alegría o nuestra tristeza de modo indirecto, preparando el terreno en nuestro interior, estimulando o rechazando las respuestas afectivas que van surgiendo espontáneamente en nuestro corazón.

No se trata de buscar el falseamiento de los sentimientos, sino construir nuestro propio estilo emocional. Debemos ser protagonistas de nuestra propia vida, en vez de pensar que estamos atados a un inexorable destino sentimental. Si una persona advierte, por ejemplo, que está siendo dominada por sentimientos de envidia, o de egoísmo, o de resentimiento, lo que debe hacer es procurar contener esos sentimientos negativos, al tiempo que procura estimular los correspondientes sentimientos positivos. De esa manera, con el tiempo logrará que éstos acaben imponiéndose sobre aquéllos, y así irá transformando positivamente su propia vida emocional.

Cada estilo sentimental favorece unas acciones y entorpece otras. Por tanto, cada estilo sentimental favorece o entorpece una vida psicológicamente sana, y favorece o entorpece la práctica de los valores que deseamos alcanzar. No puede olvidarse que la envidia, el egoísmo, la agresividad, o la pereza, son ciertamente carencias de valores, pero también son carencias de la adecuada educación de los sentimientos que favorecen o entorpecen esos valores. La práctica de los valores favorece la educación del corazón, y viceversa.

¿Y al prestar tanta atención a la educación de los sentimientos, no existe el peligro de caer en un excesivo sentimentalismo? Ser persona de mucho corazón, o poseer una profunda capacidad afectiva, no constituye en sí ningún peligro. Y si lo constituye, será en la misma

medida en que resulta peligroso tener una gran fuerza de voluntad o una portentosa inteligencia: depende de para qué se utilicen. Como es lógico, no se trata de sustituir a la razón por los sentimientos, ni tampoco lo contrario. Se trata de reconciliar cabeza y corazón, tanto en la familia como en las aulas o en las propias relaciones humanas.

Para buscar ese equilibrio, de entrada no podemos desacreditar el corazón porque algunos lo consideren simple sentimentalismo; ni la inteligencia porque otros la vean como un mero racionalismo; ni la voluntad porque otros la reduzcan a un necio voluntarismo. La clave está en encontrar una buena armonía.

Lo más propiamente humano es ser una persona de corazón, pero sin dejar que éste nos tiranice. Es decir, sin considerarlo la guía suprema de nuestra vida, sino logrando que sea la inteligencia quien se encargue de educarlo. Educarlo para que nos lleve a apasionarnos con cosas grandes, con ideales por los que merezca la pena luchar.

Como señala D. Goleman:

"La familia es el crisol doméstico en el que aprendemos a sentirnos a nosotros mismos y en donde aprendemos la forma en que los demás reaccionan ante nuestros sentimientos; ahí es también donde aprendemos a pensar en nuestros sentimientos, en nuestras posibilidades de respuesta y en la forma de interpretar y expresar nuestras esperanzas y nuestros temores. Este aprendizaje emocional no sólo opera a través de lo que los padres dicen y hacen directamente a sus hijos, sino que también se manifiesta en los modelos que les ofrecen para manejar sus propios sentimientos y en todo lo que ocurre entre marido y mujer. En este sentido, hay padres que son auténticos maestros mientras que otros, por el contrario, son verdaderos desastres."

Debemos actuar para **ayudar conscientemente a nuestros hijos a manejar sus sentimientos**, revisando a la vez nuestros propios hábitos de respuesta frente a las situaciones de conflicto emocional en las relaciones familiares.

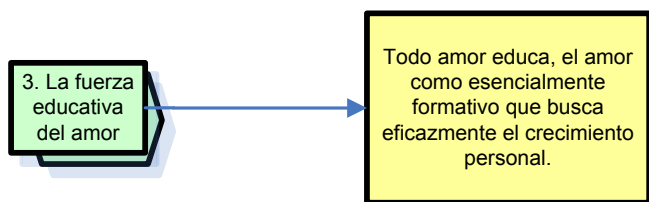
En primer lugar, hemos de ser **capaces de escuchar con toda nuestra atención al niño** de cualquier edad que nos esté explicando un problema, un conflicto, un logro o una duda, dejando de lado lo que estemos haciendo, los problemas de cualquier tipo que nos preocupen e, incluso, el concepto que tengamos forjado de él. Es importante

demostrar a nuestro hijo que realmente sus sentimientos son tan importantes para nosotros como lo son para él. Los padres solemos poner poco en práctica esta actitud de escucha atenta, sumergidos como estamos en un mar de trabajo y de responsabilidades, y sin embargo es una de las condiciones básicas a seguir si de verdad queremos que nuestro hijo nos exprese sus emociones de forma habitual.

En segundo lugar, debemos tener en cuenta que, **en ocasiones, las mejores palabras son aquellas que no se dicen.** Asentir con la cabeza, o con expresiones cortas y neutras del tipo: ¡Vaya!, ¡Hum!, ¡Ajá!, le dará a nuestro hijo el espacio que necesita para expresarse sin sentirse juzgado, pudiendo a la vez pensar en voz alta y buscar sus propias soluciones. Este tipo de diálogo nos permitirá a nosotros escucharle, intentar comprenderle más allá de las palabras y no intervenir hasta conocer totalmente la situación que nuestro hijo ha vivido y cómo se ha sentido.

En tercer lugar, debemos **ayudarle a nombrar lo que siente.** La identificación es necesaria para que el niño comprenda sus emociones. Los niños a menudo confunden las sensaciones más elementales o se angustian ante un sentimiento al que no saben nombrar y, por tanto, reconocer y enfrentarse a él. Debemos verbalizar el estado emocional de nuestro hijo desde pequeño para **ayudarle a identificar lo que siente** y mostrarle que somos capaces de ponernos en su lugar y comprender sus reacciones.

El niño que se siente bien, normalmente se porta bien. **Sentirse comprendido y aceptado por los padres es requisito previo para aceptarse a sí mismo,** y la aceptación de uno mismo es, a su vez, requisito previo para el bienestar interior, puerta de la felicidad.



La naturaleza del amor en su núcleo esencial, es íntimamente formativo: ya que busca eficazmente el crecimiento personal, el progreso íntegro, del ser amado. Querer a una persona es, siempre, querer que sea buena, que mejore; de lo contrario, aquello no puede llamarse ni amor ni amistad. En cualquier acto de amor ponemos en juego nuestra persona íntegra —amamos con todo lo que somos. A veces en el amor -en el ámbito educativo- justificamos actuaciones que no redundan en absoluto en un progreso real de nuestros hijos, pero a nosotros nos dejan relativamente tranquilos... porque afirmamos, y normalmente con franqueza, que lo hacemos *por amor* a ellos. Situaciones que se dan por una afectividad un tanto hipertrofiada, enfermiza o desquiciada... que actúa al margen de nuestras facultades superiores y que persigue, más que el desarrollo personal del hijo, el que este se encuentre contento, satisfecho, y no se lamente ni proteste.

Descendiendo al terreno práctico, entrarían dentro de estas acciones pseudo-educativas todas las que emanan de motivos sentimentaloides que acentúan desmesuradamente una especie de equivocada «compasión». Cristalizan en frases del tipo: «que no sufra,

pobrecillo, que bastante dura es ya la vida», «déjalo, que está cansado», «todavía es demasiado pequeño para hacerse responsable de esa tarea, ya le tocará más adelante», y tantas otras del mismo corte. Pues todas ellas, con la excusa de un cariño bastante endeble y poco recio, impiden el crecimiento de los hijos, el fortalecimiento de su libertad, el enraizarse y desplegarse de los valores que le queremos enseñar.

Lo que falla en tales casos es tal vez el criterio más radical de toda actividad amorosa: **el bien real** de aquel a quien se quiere, la absoluta primacía del otro, enmascarada en estas circunstancias por un sentimiento tanto más peligroso cuanto que puede llevarnos a creer que efectivamente lo que hacemos es buscar el bien (suprimir el dolor, allanar el camino) de la persona a quien amamos.

Si la experiencia nos demuestra que en cualquier ámbito nos resulta más fácil conocer aquello a lo que tenemos cariño (hablamos en este sentido de aficiones), la cuestión alcanza su cenit cuando están en juego una o más personas: ninguna de estas puede ser comprendida con hondura mientras no nos una a ella un amor real e intenso.

Por el contrario, en la medida en que más queremos a alguien y nos identificamos con él, más capacitados estamos para descubrir las maravillas que encierra en su interior, a veces de modo ya actual... y otras sólo en potencia o virtualmente.

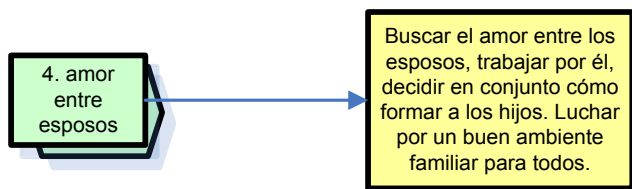
Como escribe Alberoni, “el amor nos revela la infinita complejidad, la infinita riqueza de la otra persona. Porque percibimos de ella todo lo que ha sido, todo lo que habría podido ser, todo lo que es ahora y todo lo que podrá ser en el futuro”.

Por ejemplo, cuando una buena madre se dirige a su hijo considerándolo su rey o su tesoro, más que inventar atributos que el hijo no posee, lo que le ocurre es que sabe divisar, gracias a la sagacidad de una inteligencia agudizada por el amor, los que efectivamente adornan al niño o niña... y los que con el tiempo podrá adquirir.

Pero hay más. El buen amor no sólo pone de relieve la calidad de quien queremos, sino que —con delicadeza exquisita, sin forzar para nada su libertad— impulsa y ayuda a la persona amada (novios, esposos, hijos, amigos...) a conquistar una plenitud que al margen del amor nunca lograría.

El amor impele a la mejora, antes que nada porque así, al corregirse y avanzar en su propio perfeccionamiento, quien se descubre amado va advirtiéndose también menos indigno del querer que gratuitamente le consagran (por más que pudiera parecer paradójico, todo amor, aunque justificado por la simple condición personal de su destinatario, es simultáneamente gratuito). Además, y sobre todo, porque nuestra predilección está poniendo ante su vista, quedamente, sin gritarlo, su propio ideal.

De esta suerte, gracias al cariño que le dispensamos, aquel a quien pretendemos ayudar conseguirá lo que por sí solo difícilmente lograría.



Para cumplir sus deberes paternos, los componentes de un matrimonio no han de dirigir en primer lugar su atención hacia los hijos, sino hacia el otro cónyuge. Y la razón es muy simple, aunque en algunos casos no se le conceda la importancia que reclama: *la primera -y casi la única- cosa que un hijo necesita para ser educado es que sus padres se quieran entre sí.*

Se trata de una idea desarrollada con brillante sencillez por Carlos Llano: como la educación de los hijos no es sino la más genuina expresión del amor de los padres hacia ellos, y como este amor no puede ser a su vez sino el despliegue del cariño entre los esposos, *el que los cónyuges se amen de veras constituye la clave esencial, y casi el todo, de su misión dentro de la familia.*

Llano escribe: "La condición ineludible para que la familia se constituya como ámbito formativo del carácter de los hijos es el amor firme de los

padres, con las notas propias que los clásicos le asignaron desde antiguo: el amor familiar ha de ser constante, lleno de confianza y responsable, si quiere poseer valor formativo [...]. La inducción del carácter es, diríamos, una emanación del amor conyugal, una extensión -casi un apéndice- suyo: los padres no tendrían otra cosa que hacer más que amarse de manera constante, llena de confianza y responsable.

Los expertos en orientación están hoy más obligados que nunca a insistir en este extremo, porque desafortunadamente ni se presenta bien dibujado para la inteligencia ni fácil de instaurar en la vida vivida. Y, sin embargo, se trata de algo de radical relevancia: lo más importante que tienen que hacer los esposos con vistas al desarrollo y la felicidad de sus hijos es quererse el uno al otro, de forma creciente, con un amor que trascienda las discrepancias de carácter, las pequeñas incomprendiones, las dificultades, las pretendidas afrentas... La marcha de la entera familia, en cada uno de sus miembros, viene casi enteramente definida por el amor mutuo que se tengan los padres.

El hijo no es feliz cuando se lo inunda de caricias o de regalos, sino sólo cuando puede participar en el amor dichoso de los padres. Si la madre está peleada con el padre, aun cuando luego cubra de arrumacos a su hijo, éste experimentará una herida profunda: lo que quiere es participar en la familia, en el amor de los padres entre sí. En consecuencia, *engendrar un hijo equivale a comprometerse a hacer feliz al cónyuge*".

En la medida en que la vida familiar es la armonía de las dimensiones del amor conyugal (física, emocional y espiritual), los cónyuges saben que cualquier deficiencia en uno de esos aspectos puede desequilibrar el conjunto.

Por ejemplo, si no se obtiene gozo y plena satisfacción en las relaciones sexuales, entonces, aparecerá un motivo de conflicto e incompreensión que hará menos grata la intimidad. Asimismo, cuando falta afecto y ternura en el esposo, la mujer se siente como un simple objeto de placer para su marido, experimentando la perturbadora sensación de no ser amada de verdad.

La integración afectiva y el compartir los ideales e identificarse con ellos son necesarios para conservar el amor e incrementarlo. Para ello basta con interesarse por el trabajo del marido o por las dificultades domésticas de la mujer; darle su importancia a una fecha significativa; arreglarse especialmente para recibir al esposo después de haber tenido un disgusto con él. Atenciones como éstas seguramente evitarán que el cariño se enturbie y que la fidelidad se debilite.

Los esposos que quieran lograr la máxima perfección en el amor deberán tener en cuenta lo siguiente:

1. Una disposición de entrega.

Amar supone pensar primero en los demás. Nunca debe negársele al otro nada razonable, aún cuando no sea del todo necesario, por pereza o por apatía. Antes bien, cada uno se esforzará positiva y activamente por procurar el bien del otro, brindándose atenciones y delicadezas.

No se puede alcanzar la felicidad ni es posible brindarla con actitudes egoístas en las que prevalece la búsqueda de bienestar y del placer personal. O los esposos se disponen a darse sin reservas, o no cabe felicidad dentro del matrimonio.

2. La reconquista del otro, día con día.

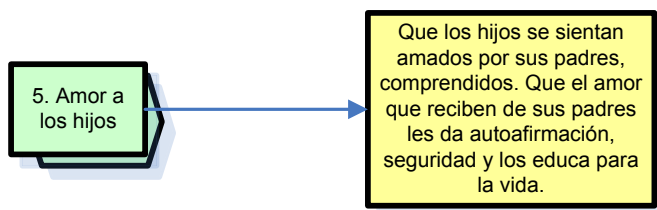
Reconquistar al otro a cada paso. Como consecuencia de lo anterior, es de esperarse que cada cónyuge se sienta impelido a volver a enamorar a su pareja, a reemprender continuamente su conquista.

Despertar el amor en todos los aspectos es uno de los grandes retos que deben enfrentar todos los esposos y una señal de madurez espiritual, afectiva y sexual.

- Algunos consejos prácticos

Ese desafío de la reconquista cotidiana implica algunos actos como los siguientes:

1. El hecho de que la mujer cuide siempre su apariencia física y su arreglo personal.
2. Mostrar interés por los asuntos de la pareja, pero sin entrometerse imprudentemente.
3. Evitar los celos infundados.
4. No dormirse disgustados y saber sonreír al despertar.
5. Cuidar (él) la generosidad en lo económico y (ella) la distribución del gasto, evitando el despilfarro.



El verdadero amor por los hijos comienza con el matrimonio. Dar vida es lo más fácil y satisfactorio; la necesaria presencia del matrimonio para el hijo, comienza con su concepción.

No solo el hombre y la mujer necesitan del matrimonio, sino también la formación del hijo (s) que tanto se quiere cuando se lo tiene en brazos. Ese cariño no debe ser solo alimentarlo, es necesario para la completa y muy compleja evolución de ese hijo un medio que solo el matrimonio de los padres puede brindar; es el amor conyugal, el soberano de los amores del hombre. Los esposos y solo ellos tienen ese nivel afectivo que los llevó al matrimonio primero y a los hijos después, que desarrollarán en medio del mejor de los ambientes, el del matrimonio de los padres.

El matrimonio brinda tanto al hijo (hijos) tanto que nada ni nadie puede reemplazar.

El verdadero cariño por los hijos comienza por el matrimonio de los padres.

Como consecuencia de ese querer recíproco de los cónyuges, y apoyados en él, los padres podrán enderezar un afecto profundo y vigoroso hacia cada uno de los hijos que de ese cariño ha surgido. De

acuerdo con la ya clásica descripción aristotélica, se ama a una persona cuando se procura y se le ofrenda lo que es bueno para ella. Realmente bueno. No lo que viene a suplir una falta de auténtica dedicación al ser querido, poniendo coto a sus quejas, sino lo que efectivamente lo hace crecer, lo mejora, acercándolo con eficacia a su cumplimiento como persona. A este amor nuestros hijos tienen derecho, un derecho absoluto.

A lo único que éstos tienen derecho, un derecho del que nadie debería intentar hacerles prescindir, es, diciéndolo con cuatro palabras, ¡a nuestra propia persona! O, si se prefiere, a lo más personal de cuanto existe en nosotros: a nuestro tiempo, a nuestra dedicación, a nuestro real interés por lo que les ocupa y preocupa, a nuestro consejo no impuesto ni avasallador, a nuestro diálogo, al ejercicio razonado de nuestra autoridad, a la fortaleza que nos lleve a no escurrir el bulto cuando -por obligación inderogable- hemos de hacerles sufrir para provocar su maduración, a nuestra intimidad personal, a que discretamente les manifestemos los propios momentos de exaltación y de derrota, a que los introduzcamos efectivamente en nuestras vidas en lugar de inducirles a adoptar, con nuestro hermetismo descuidado y a veces un tanto vanidoso, una existencia independiente...

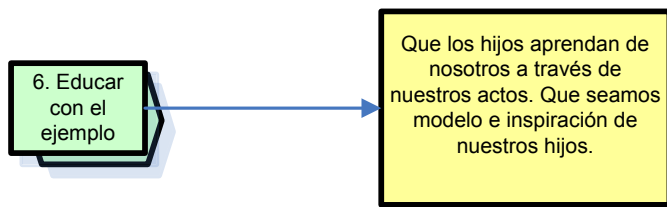
Y todo lo que sea "intercambiar" esa entrega comprometida por regalos o concesiones irresponsables que acarician lo menos noble de su yo y los conducen a centrarse en sí mismos y en la satisfacción de sus caprichos, equivale, en el sentido más fuerte y literal de la expresión, a comprar a nuestros hijos y, como consecuencia, a prostituirlos, tratándolos como cosas y no como personas. Lo que, sea dicho de pasada, destruye cualquier ambiente de familia, porque la lógica del "intercambio", del do tu des interesado, es lo más opuesto a la gratuidad del amor que debe imperar en el hogar.

De ahí que el proceso educativo, que es siempre fruto del amor, no pueda llevarse a cabo sin una cierta dosis de sufrimiento propio y ajeno; y de ahí que ponerse en juego al desempeñar las funciones paternas consista, pongo por caso, en depositar real y efectivamente nuestra confianza en cada uno de los hijos, apostando con decisión por su deseo y su capacidad de mejora, y estando dispuestos a perder y dolernos con su derrota.

Todos los que nos dedicamos a educar sabemos bien que sin confianza recíproca cualquier intento de formación resulta vano. Pero lo que a veces se nos escapa es que semejante crédito ha de ser real, sin fisuras, y justamente con ese hijo que nos plantea más problemas y justo en los aspectos en que más deja que desear. Ahí, precisamente, es donde hemos de depositar el vigor de nuestra esperanza, sin fingimientos, confiando con el alma entera en que el chico o la chica, dispuesto a luchar con todas sus fuerzas, podrá al término vencer con nuestro auxilio. Y cuando fracase, porque muchas veces fracasará, nosotros, que nos hemos comprometido personalmente en sus escaramuzas, fracasamos también con él. Y, lejos de pronunciar en tono de

conmiseración el triste y un tanto vanidoso "ya te lo había advertido", padecemos en lo más hondo con el descalabro, porque, al habernos identificado con el hijo confiando sinceramente en él, ese pequeño "desastre" es tan suyo como nuestro; y, echando mano de nuestros mayores recursos como personas adultas, nos rehacemos del fracaso y del dolor, rehacemos al muchacho... y volvemos a depositar en él toda nuestra confianza, sincera y eficaz.

Tanto en el interior del matrimonio como en las relaciones con los hijos, lo decisivo es "soportar", en el sentido vigorosamente solidario de servir de apoyo por amor, y no "soportar", en la acepción empobrecida de aguantar sufridamente los defectos, la incompetencia o la falta de madurez del otro.



Los niños tienden a imitar las actitudes de los adultos, en especial de los que quieren o admiran. Jamás pierden de vista a los padres, los observan de continuo, sobre todo en los primeros años. Ven también cuando no miran y escuchan incluso cuando están super-ocupados jugando. Poseen una especie de radar, que intercepta todos los actos y las palabras de su entorno.

Por eso los padres educan o deseducan, ante todo, con su ejemplo.

Además, el ejemplo posee un insustituible valor pedagógico, de confirmación y de ánimo: no hay mejor modo de enseñar a un niño a tirarse al agua que hacerlo con él o antes que él. Las palabras vuelan, pero el ejemplo permanece, ilumina las conductas... y arrastra.

En el extremo opuesto la incongruencia entre lo que se aconseja y lo que se vive es el mayor mal que un padre o una madre puede infligir a sus hijos: sobre todo a determinadas edades, cuando el sentido de la

«justicia» se encuentra en los chicos *rígidamente* asentado, sobre-desarrollado... y dispuesto a enjuiciar con excesiva dureza a los demás.

Los padres son los principales educadores de sus hijos, educarlos exige tener comprensión, prudencia, saber enseñar y, **sobre todo, saber querer; y poner empeño en dar buen ejemplo.** El ideal de los padres se concreta más bien en llegar a ser amigos de sus hijos: amigos a los que se confían las inquietudes, con quienes se consultan los problemas, de los que se espera una **ayuda eficaz y amable.**

Una buena educación se basa en el amor y en la alegría: es el modo de conseguir que los hijos escuchen y obedezcan, dar un ambiente que propicie el diálogo, generar una sintonía para que sigan el ejemplo.

Desde luego la educación de los hijos requiere tiempo. Pero no mucho, sino todo. Porque en todo momento, queramos o no, estamos enseñando cosas muy importantes a nuestros hijos, es decir dando ejemplo con nuestras actitudes y nuestro comportamiento ante las cosas más pequeñas de la vida cotidiana: tanto si los castigamos como si los mimamos o los divertimos; tanto si los miráramos con indiferencia como si lo hacemos con preocupación, siempre estamos enseñando, formando o... deformando. Cabe decir: en todo momento se nos ve el plumero, es decir, la escala de valores que llevamos dentro, en la cabeza y en el corazón.

Los hijos lo perciben todo: la mirada esquiva, la sonrisa irónica al otro lado de la habitación; no digamos ya un juicio inequívoco: "la vecina del quinto es insoportable", "qué desgracia, no nos ha tocado la lotería", etcétera.

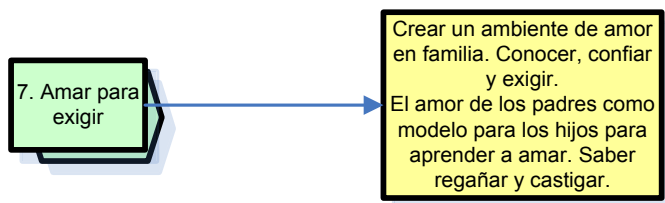
Buen ejemplo, indica también comprender y disculpar, llenar el mundo de paz y de amor, y a la vez exigir mucho de buen modo.

Es importante, en esta etapa, ser conscientes de que en cualquier momento podemos estar transmitiendo un importante mensaje ético.

Por ejemplo: esos cuentos contados a la hora de dormir, esos comentarios informales hechos durante una comida, en el interior del coche, esas afirmaciones de respuesta ante algo oído en la radio o visto en la televisión, esas observaciones escuchadas en una conversación telefónica, un simple tono de voz, todo se puede convertir en parte de la experiencia ética del niño, todo puede ser para él una adquisición o una respuesta ante la pregunta sobre lo que es importante y por qué, sobre cómo debe uno hablar y estar con los demás, etc.

Los padres servimos de ejemplo a nuestros hijos, nuestro comportamiento es, pues, concluyente para ellos, si no se quieren los

padres entre ellos, darán un ejemplo contrario y dificultan la formación en valores.



Exigir es un ingrediente esencial del amor.

Sólo quién en nombre del amor sabe ser exigente consigo mismo puede exigir por amor a los demás; porque el amor es exigente. Lo es en cada situación humana.

Amar a los hijos no significa evitarles todo sufrimiento. Amar es buscar el bien para el ser amado en última instancia y no la complacencia momentánea. Es posible que algunas veces por amor a un hijo le generemos una frustración momentánea que en realidad lo prepara para un bien más grande.

El amor necesita disciplina.

Citamos a Ignace Lepp, en su libro Psicoanálisis del amor nos dice

“El amor auténtico es el más eficaz creador y promotor de la existencia. Si tantas personas - bien o mejor dotadas - siguen siendo tan mediocres, se debe a menudo, a que nunca han sido amadas con un amor tierno y exigente”. El ambiente familiar es el conjunto de relaciones que se establecen entre los miembros de la familia que comparten el mismo espacio. Cada familia vive y participa en estas relaciones de una manera particular, de ahí que cada una desarrolle unas peculiaridades propias que le diferencian de otras familias. Pero el ambiente familiar, sea como sea la familia, tiene unas funciones educativas y afectivas muy importantes, ya que partimos de la base de que los padres tienen una gran influencia en el comportamiento de sus hijos y que este

comportamiento es aprendido en el seno de la familia. Lo que difiere a unas familias de otras es que unas tienen un ambiente familiar positivo y constructivo que propicia el desarrollo adecuado y feliz del niño, y en cambio otras familias, no viven correctamente las relaciones interpersonales de manera amorosa, lo que provoca que el niño no adquiera de sus padres el mejor modelo de conducta o que tenga carencias afectivas importantes.

Que los padres queremos a nuestros hijos es un hecho evidente. Pero que lo manifestemos con suficiente claridad ya no resulta tan evidente. Lo importante es que el niño se sienta amado. Para ello, además de decírselo con palabras, tenemos que demostrar que nos gusta como es, que queremos su felicidad, que sienta la seguridad que le damos, el apoyo y el reconocimiento y ayudarle en todo lo que necesite. Y esto se consigue mediante los pequeños detalles de cada día: mostrando interés por sus cosas, preguntando, felicitando, sabiendo lo que le gusta e interesa, y mostrándonos comprensivos y pacientes.

Pero aun cuando se trate de puro amor, no debemos olvidar la autoridad, los padres deben saber cómo ejercer la autoridad. Ésta es un derecho y una obligación que parte de nuestra responsabilidad como padres en la educación de nuestros hijos. Pero la autoridad sólo tendrá una función educativa correcta si se ejerce de manera persuasiva cuando los hijos son pequeños, y de manera participativa cuando ya sean mayores.

Por otra parte es importante que tengamos suficiente tiempo para compartir con los hijos y con la pareja. Seguramente es una condición que muchas veces no depende de nosotros y que a veces resulta difícil de conseguir. Pero es necesario que exista tiempo libre para disfrutar en familia y que permita conocernos los unos a los otros, explicarnos lo que hacemos, lo que nos gusta y lo que nos preocupa, y que podamos ayudarnos y pasarlo bien juntos. Muchas veces no es necesario disponer de mucho tiempo, sino que el tiempo que tengamos sepamos utilizarlo correctamente. Algunos padres disponen de mucho tiempo para pasar con los hijos pero están con ellos mientras está la tele encendida, hacen la cena, hablan por teléfono y otras mil cosas a la vez, sin prestar demasiada atención a "estar" realmente con su hijo. Quizás es mejor para el niño que sólo dispongas de un par de horas pero que estés con él dibujando, yendo en bicicleta o explicándole un cuento. Ese es un tiempo de convivencia de calidad, porque tu atención está centrada en tu hijo y eso él lo nota y lo agradece.

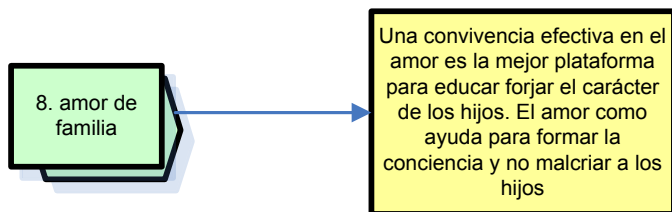
Consejos prácticos:

- La casa en la que vive una familia es fundamental, pero su mantenimiento, orden y limpieza no deben ahogar las

relaciones de los miembros que viven en ella por exceso de esfuerzo, falta de tiempo o agobio.

- Expresar nuestras **opiniones** sobre cómo valoramos determinados acontecimientos y pedir a los hijos que expresen las suyas.
- **Actuar de manera coherente.** Si decimos que respetar a los demás es básico, no debemos, por ejemplo, hablar de otra persona que no está presente faltándole al respeto.
- Cultiva la **paciencia** con tus hijos. Ayudará a que ellos sean más tolerantes y respetuosos con los demás.
- **Decirles a nuestros hijos y a nuestra pareja lo mucho que les queremos** y demostrarlo con nuestra actitud.
- **Alabar** aquellas cosas que nuestros hijos hagan bien. Esto les hace sentir mucho entusiasmo, bienestar y tranquilidad.
- **No decirles todo lo que hacen mal** en cada momento. Escoger aquellas cosas que han hecho mal y proponer algunas acciones para mejorarlas.
- Si cometes algún error, acostúmbrate a **pedir perdón a tus hijos.**
- No hagas bromas que puedan humillar a los hijos.
- No exageres sobre sus cualidades ni sobre sus defectos.

- **Escucha a tus hijos** con atención cuando te expliquen o pregunten algo.
- Muestra lo bien que te sientes al **disfrutar de la compañía** de tus hijos.
- Crea situaciones de **diversión familiar**: chistes, juegos, anécdotas, películas divertidas...



La familia es la primera y fundamental escuela de sociabilidad, como comunidad de amor encuentra en el don de sí misma la ley que le rige y le hace crecer. El don de sí que inspira el amor mutuo de los esposos, se pone como modelo y norma del don de sí que debe haber en las relaciones entre hermanos y hermanas y entre las diversas generaciones que conviven en la familia. La comunión y la participación vivida cotidianamente en la casa, en los momentos de alegría y de dificultad representan la pedagogía más concreta y eficaz para la inserción activa, responsable y fecunda de los hijos en el horizonte más amplio de la sociedad.

Tenemos que entender claramente que no hay nada que eduque más y mejor a los hijos que el ejemplo de amor que ven en sus padres como pareja. Para realmente poder amar a nuestros hijos tenemos primero que amar a nuestro cónyuge.

El otro aspecto fundamental de la influencia del amor, dentro de la familia lo encontramos en el desarrollo de la persona, más particularmente, de los hijos.

Cada familia, aun sin pretenderlo crea un ambiente (de amor o de despego y egoísmo, de rigidez o de ternura, de orden o de anarquía, de trabajo o de pereza, de ostentación o de sencillez, etc.) que influye

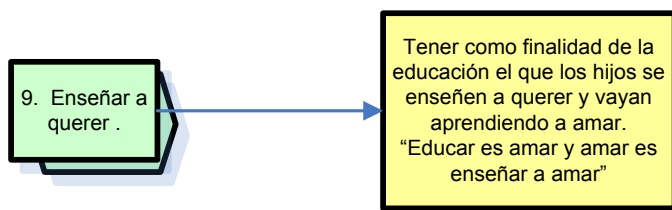
en todos sus miembros, pero especialmente en los niños y en los más jóvenes.

La calidad del amor de los cónyuges determinará en gran medida el temple de la relación de los miembros de la familia que de ellos se sigue. Si el fin de toda educación es ayudar a una persona a ejercer su libertad, a auto-conducirse hasta su propia perfección; si la plenitud de cualquier ser humano (y su felicidad consiguiente) viene determinada por su capacidad de amar manifestada en obras; el amor no es exclusivamente el principio, sino también el objetivo supremo del quehacer educativo: educar equivale, en fin de cuentas, a amar, lo que a su vez se traduce en enseñar a amar: en hacer que cualquier persona se olvide de sí... de la única forma en que esto resulta hacedero: volcando toda su atención y su capacidad de querer en los otros.

El corolario educativo sonaría así: el motor de la educación de los hijos es desde el principio y seguirá siempre siendo el amor que se instaure entre los cónyuges. Todo hijo ambicione *introducirse en el amor* de la familia en cuyo seno ha venido al mundo: en la corriente de amor que liga a sus padres. Lo que cualquier hijo *quiere* es que sus padres se *quieran* entre sí. Por eso es tan difícil que un chico o una chica maduren cuando la armonía entre quienes le han dado (¡y dan!) la vida no alcanza ese mínimo capaz de asegurar que ambos están unidos por auténtico cariño.

Educar movido por un auténtico amor *hacia el hijo* supone, entonces y en primer término, esforzarse por descubrir cuál es, en concreto, el proyecto perfectivo que lo colma —a él, en su calidad irrepetible— como persona. Y, después, ignorar nuestro propio yo, excepto en la medida concreta en que tenemos que ponerlo a su servicio, para que él pueda elevarse hacia la perfección a que se encuentra llamado.

Esta es la meta: enseñar a cada nuevo retoño a querer, a olvidarse él también del propio yo, para buscar, de manera cada vez más eficaz y efectiva, el bien del otro en cuanto otro. Ponerle en condiciones de ser un auténtico *amigo* de sus amigos, entendiendo la amistad, según venimos haciendo, como la culminación del amor.



El odio puede nacer de varias maneras. Un adulto empieza a odiar porque ha sufrido una injusticia, o, en casos más graves, porque ha visto cómo asesinan a un familiar o a un amigo. Tal vez uno odia porque ha dejado crecer en su corazón una envidia, un desprecio indefinido, confuso, hacia una persona o hacia un grupo de personas. Otras veces el odio es el resultado de un cierto ambiente familiar o social: algunos odian porque se les ha enseñado desde pequeños que otros (blancos o negros, chinos o rusos, cristianos, judíos o musulmanes) son, simplemente, "malos".

Queremos fijarnos en el último tipo de odio, porque es posible, por medio de la educación en casa, reducirlo al máximo. En efecto, la familia existe no sólo para promover la ayuda y el cariño entre los que forman parte de ella, sino para desarrollar, entre los hijos, una serie de hábitos que son fundamentales para la convivencia con los demás hombres y mujeres que viven en nuestro planeta.

El comportamiento de mañana depende de lo que hoy cada hijo respira en medio de las caricias o de las discusiones de sus padres. El niño aprende a pensar en casa que los vecinos son amigos o son enemigos, que los niños y las niñas merecen el mismo respeto o si es mejor ser chico que chica (o al revés), que hay que respetar o despreciar a los que son de religión distinta de la propia. Seguir las reglas de tráfico, respetar los juguetes que se encuentran en una tienda, ayudar a un anciano a cruzar la calle: todo eso será posible si en casa los hijos ven que sus padres les dan ejemplo y les enseñan las normas fundamentales de educación y de respeto.

Los niños y los adolescentes (e incluso los adultos) comprenden que el respeto y el amor son lo más importante. Es cierto que el amor no puede ser mandado por la ley, pero también es verdad que sí puede exigir el respeto hacia tantos hombres y mujeres que, por desgracia, son víctimas de discriminaciones, injusticias o malos tratos.

¿Qué puede hacer una familia para que los hijos aprendan a vivir en el amor y el respeto hacia los demás?

Apuntamos aquí algunas ideas entre las muchas que todos podemos aplicar.

-Evitar cualquier discusión de los padres ante los hijos, para que nunca se escapen palabras o gestos que sean señal de poco amor. Los niños son muy receptivos, incluso cuando aún no saben hablar, a lo que ven en casa, de modo especial cuando son los papás quienes dan un ejemplo positivo o negativo.

-Tratar a todos los hijos de la forma más justa posible. Esto no significa tratarlos a todos por igual (cada uno es diferente), pero sí que cada uno piense que es querido igual que sus hermanos.

-Enseñar el arte del perdón: es normal que se den peleas entre los hermanos. Los papás tienen que dar ejemplo y enseñar a los hermanos a perdonarse entre sí.

-Evitar cualquier comentario negativo contra grupos concretos de personas. Por ejemplo, no criticar a "los árabes", ni a "los gallegos", ni a "los indios", ni a "los yankees".

-Dar criterios, ante las noticias de crímenes, terrorismo, guerras raciales, etc., para que los niños puedan distinguir, por ejemplo, entre el soldado que, enloquecido, asesina a unas personas en un bar, y los demás soldados de su batallón que pueden ser buenos o malos. En otras palabras: si un musulmán comete un acto de terrorismo no podemos desprestigiar en casa a todos los musulmanes. Si un médico comete abortos, no podemos criticar a todos los médicos.

-Observar qué tipos de ejemplos se ofrecen a nuestros hijos en películas, caricaturas, juegos, etc. Muchas veces el odio inicia a partir de la sangre ficticia que aparece en un juego electrónico, o por culpa de una película en la que todos los soldados de un país son pintados como crueles criminales sin sentimientos humanos.

